

ANTONIO CARVAJAL, PERFIL DE UN POETA

Para Antonio Carvajal, la poesía es la concreción verbal de un modo de vida, es la hermosa y brillante ceniza que el poeta recoge pacientemente de la hoguera del vivir, experiencia y existencia fundamentales a manos llenas. Rafael Juárez afirma que en su poesía hay mucho arte porque hay mucha vida. Es además el resultado de un acto de inteligencia sensible, de inteligencia creadora que ha hecho de la mirada estética un modo de comprensión y de construcción de lo real. No es que viva para contarlo, sino que canta con alegría o desgarrado acento lo vivido o lo por vivir: el poeta, impresionado y conmovido, sostiene el aire mientras arma la genuina pieza verbal palabra a palabra buscando a un tú en el que anegarse y reconocerse y fundirse solidariamente para seguir sobreviviendo, poniéndole ante los ojos el fruto no siempre fácil, aunque sí auténtico, de su tan racional como emocionado esfuerzo creador. Estamos ante un poeta que trata de resolver, consiguiéndolo magistralmente la mayoría de las veces, la no fácil ecuación entre poesía y vida, entre poeta y hombre, entre tradición y cambio poéticos, entre lo particular y lo universal, en suma entre la estética y la ética, constituyendo esta última, según J. A. Marina, la máxima expresión de la creatividad humana, esto es, la expresión de la creatividad humana a la hora de sobrevivir, de ser felices y de actuar correctamente que es de lo que a la postre se trata. Por eso, se puede caracterizar machadianamente a Antonio Carvajal como un poeta hombre que ha hecho de la poesía un continuado acto de verdad en función de la vida misma. Por eso, en un quintaesenciado perfil que hacía en una ocasión del poeta terminaba refiriéndome a él sobre todo en una suerte de epifonema crítico como un poeta de verdad. Este era el trazo maestro que sobresalía entre los restantes. Hablaba de él como poeta hasta los huesos, poeta de su tiempo, poeta de la existencia-experiencia, poeta del arte de la vida y de la vida del arte, poeta culto de claves líricas complejísimas, poeta de poetas, de amplísima cultura literaria, poeta de la belleza natural y bondad humana efímeras, con angustiada conciencia de la cara oculta del hombre; poeta de abundante léxico; poeta de complicada sintaxis; poeta en voz alta, de calculadísima precisión fónica y musicalidad verbal; poeta de variadísima métrica; poeta de sorprendente y aguda imaginaria; poeta clásico desde la modernidad y moderno desde la clasicidad; poeta universal desde lo particular; en definitiva, un poeta de verdad.

Después de lo afirmado y si no confundimos autenticidad con espontaneidad creadora, ni creatividad con el intensísimo brillo fugaz que en el lienzo de la noche mental puedan producir unos verbales fuegos artificiales, ni complejidad

con artificiosidad, habremos logrado apropiarnos de algunas de las claves que explican su poesía. En este sentido, por ejemplo, sabremos comprender por qué su poesía inicial es, más que resultado de un virtuosismo preciosista, consecuencia de la alegría de sentirse vivo y de descubrir juvenilmente el mundo, sonriéndole así verbalmente al lector frente a tanto dolor social escayolado que por entonces agonizaba en manos de acólitos prosaístas. Asimismo, comprenderemos por qué su poesía de un tiempo a esta parte, aunque el poeta no lo quiera ni lo persiga -dos versos de su poema «Glosa», de *Noticia de setiembre*, bastarán para comprobarlo: «¿Crece a medida de la edad la pena / o mengua con los años la alegría?»-, anda llenándose de gravedad poniéndonos a temblar a los lectores frente a ciertas verdades últimas que se resumen, por ejemplo, en el poema «Señor y perro», «un poema desolado -según palabras del propio Carvajal- con citas expresas o camufladas del *Libro de Job* traducido por Fray Luis de León y recuerdos del García Lorca más triste». Los años no pasan en balde ni por el poeta hombre ni por esta poesía de palabra viva, que sin llegar a perder su maestría ni ese aire de familia que identifica a los poemas se llena de madura sobriedad. Por eso, nuestro poeta no comprende bien ciertas afirmaciones críticas que lo dan no pocas veces como un poeta artificioso de estirpe barroca. Así ocurre en el poema cuyo primer verso es «Quizá de la poesía sea yo el mejor obrero», un poema reflexivo que suministra ciertas claves acerca del principio creador básico o fuerza motriz de su poesía, una poesía concebida más como medio que como fin en sí, una vía de (re)construcción y (re)conocimiento de la propia experiencia vital. El propio poeta ha suministrado de palabra y de obra unos poemas que arraigan fuertemente en este principio, sin que por ello baje la guardia de la alta tensión creadora que soporta para que éstos no desfallezcan ni pierdan en su calidad estética ni, en consecuencia, acaben devaluados éticamente.

Antonio Chicharro